

Semanario PULSO

Junio 13/2008

CRISIS ENERGÉTICA TOTAL: PETRÓLEO Y ALIMENTOS

Por Agustín Saavedra Weise (*)

En estos días el proceso de globalización atraviesa una de sus horas más delicadas. Sin energía el mundo no camina y crisis energética tenemos ahora, con la disparada de los precios del petróleo. Por otro lado, el ser humano no puede vivir sin comida, el comer es energía para todos nosotros. He aquí que hay otra crisis energética profunda -la que esta vez llega al estómago- derivada del alza incontenible de productos básicos.

La reciente cumbre de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), de poco ha servido para cambiar las cosas. La declaración final es un compromiso entre naciones productoras y consumidoras e industrias de la alimentación. El resultado obviamente ha sido pobre y no creo que se cumplan los propósitos enunciados.

En ambos problemas mundiales –alza del petróleo y de los alimentos– incide ciertamente la vieja ley económica de la oferta y la demanda. Si sube la demanda y la oferta no puede satisfacerla, los precios se incrementan. Así de simple parece la cosa, pero desde ya, el tema es más complejo. En el marco de la elemental relación entre oferta y demanda se inscriben muchos intereses, oligopolios empresariales y multinacionales de diversas naturaleza, etc.

Uno de los casos dramáticos de la falta de alimentos tiene su origen en los subsidios agrícolas. La llamada “*Farm Bill*” de Estados Unidos (Ley agraria) inclusive le paga a los productores para que no cultiven mediante el ya famoso (lleva décadas) “*payment in kind*” (pago compensatorio en efectivo) que el gobierno le otorga a sus productores agrícolas. De esta manera, EE.UU. ha logrado controlar muchas veces reducciones y alzas bruscas de precios, pero está visto que ahora la Farm Bill es un grave impedimento. Súmense los subsidios agrícolas en la Unión Europea y se tiene un problema grave,

problema que el llamado *Grupo Cairns* (por la ciudad australiana del mismo nombre) viene atacando, con razón, desde hace tiempo.

A ello agréguese la manía de ciertos grupos ecologistas de impedir cultivos de variedades genéticamente modificadas, pese que se ha probado que en muchas de ellas no hay daño para la salud. Los ecologistas generaron “lobbys” muy poderosos e influyeron enormemente en los gobiernos sin probar científicamente los presuntos perjuicios de los *transgénicos*, pero sí frenaron drásticamente sus cultivos. Resultado: menor producción y obvio empuje hacia arriba de los precios.

Otros elementos de algunos países son también importantes. Entre ellos cabe mencionar la práctica del minifundio y la prédica demagógica de abandonar los cultivos de grandes extensiones por ser “latifundios”, renunciando así a uno de los principios básicos de racionalidad económica: la producción a gran escala con costos bajos.

Si a este panorama desalentador le agregamos que hay naciones como Argentina, que teniendo enormes ventajas comparativas para producir muchos más granos, sufren de diversas trabas burocráticas que desalientan a sus productores, el problema se agrava más aún.

Creo que el mundo tiene capacidad para encontrar un sano equilibrio entre oferta y demanda alimenticia sin entrar en pánico, pero hay que hacer las cosas bien. De lo contrario, hambrunas y desastres están a la vuelta de la esquina.

Por el lado del petróleo, hasta el momento la gente termina de percibir que este producto ha ingresado a nuestras vidas de múltiples maneras, no solamente mediante los combustibles. Desde un cepillo de dientes hasta una bolsa de plástico o un DVD, no serían posibles sin el petróleo. Es una materia básica fundamental. Inclusive el gas natural –de creciente uso- resulta ser un derivado del petróleo, otro hidrocarburo.

El apetito mundial es insaciable por el lado alimenticio y por el lado hidrocarburífero. En este último campo, urge encontrar medidas para también equilibrar oferta con demanda antes de que el colapso arrastre al precipicio hasta a los países productores, especialmente a los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que ahora gozan de una aparente “jauja” por los altísimos precios, sin percatarse plenamente del efecto perverso que al final del camino encontrarán.

Tal como sucede con los alimentos, hay posibilidades de equilibrar la demanda energética. Lo primero es seguir procurando fuentes alternativas y lo segundo, forzar la producción para que equilibre a la demanda. Y si este “forzamiento” tiene que hacerse, mejor es que se lo haga ahora por consenso universal antes de que el día de mañana las explosiones sociales y las crisis que se irán acumulando generen escenarios impensables. El petróleo se acabará algún día, pero en estos momentos -y por los próximos 200 años- hay oferta suficiente si se maximiza la producción en Arabia Saudita, Nigeria, Irak, Venezuela, en fin, entre los grandes abastecedores.

Sí, el mundo está en una crisis muy grande. Esta crisis supera con creces al efecto de las hipotecas de Estados Unidos o a cualquier otra, incluyendo el calentamiento de la tierra, pues las engloba a todas y las realimenta negativamente.

En este marco, países vulnerables como Bolivia tienen poco espacio para seguir viviendo en la ficción. El subsidio a los combustibles y al gas es una temible bomba de tiempo que tarde o temprano estallará y que ahora, con el barril de crudo por encima de 130 dólares, se hace cada vez más insostenible. No tengo las respuestas para este dilema nacional, pero se las debe buscar y pronto.

-----0000-----

(*) Ex canciller, economista y politólogo - www.agustinsaavedraweise.com